

V

El Réveillon

Delante de nuestro balcón se levanta un alto muro, largo y desierto, sin ventanas que le molesten ni adiciones que le afeen.

La soledad de aquel muro, que en Navarra serviría para juego de pelota, sirve de *paradero* de anuncios.

En él los colores se entrelazan, las letras se amontonan, los papeles gritan y defienden su causa, y aquel juego de palabras y siluetas es como un vasto calendario que consultamos por la mañana, al levantarnos, para saber hechos y cosas que ignoraríamos por completo.

Por el muro sabemos el día de elecciones, los candidatos que luchan, la política que prometen seguir, los programas de sus reformas y el color de sus opiniones; por él sabemos la función más ó menos espeluznante del teatro de Montmartre; que la tos se cura con pastillas de Géraudel; que *El Petit Journal* tira un millón de ejemplares; que los polvos diáfanos son más indicados para la conservación de la piel humana que los de la madre Celestina; que la Emulsión Scott se fabrica con salsa de bacalao; que Luisa Michel dará una conferencia; que la tenia se mata con buena voluntad; y que el frío, el gran frío, se combate con fuego prisionero dentro de unas estufas, modelo

de abstinencia de carbón, en las que el calor brota espontáneo por fenómenos hasta hoy desconocidos.

Este muro es un tesoro, es una finca, es un *amore* de muro.

El nos dice cuándo es fiesta de precepto y cuándo día de vigilia; de entre sus papeles, pegados al azar, formando inconscientes epigramas, brotan noticias tristes y buenas nuevas; él nos anunció el día de los muertos con grandes coronas negras; y por él, en un hermoso dibujo de Chéret, supimos que Navidad se acercaba, y bendijimos la llegada de ésta, ¡que despierta tantas ideas y calienta tantos recuerdos!

Aquellos colores, brillando entre manchas de figuras, nos trajeron á la mente la memoria de aquella fiesta íntima, tal como se lleva á cabo en nuestra tierra; nos recordaron aquella mesa blanca de allí, como la nieve que aquí se usa; aquel pavo relleno se nos apareció envuelto en aureola, como una ave mitológica: lo vimos nadar en un lago de rubia salsa, sentimos manar de su interior profundo aquella lluvia de ciruelas que nos parecieron de oro, con las pasas y la clásica manzana, como un sol en el ocaso; sentimos el aroma de aquel vino del Priorato, de tantos grados de fuerza como quilates de buen gusto, y en su espesa líquida transparencia vimos nadar los barquillos como barcos de alto bordo, y sentimos la querida voz de los amigos, brindando con las copas en la mano, el fuego en los ojos y la alegría en el alma.

Y nosotros, pobres desterrados voluntarios, también quisimos remedar las costumbres de nuestro querido suelo; también quisimos brindar por nues-

tra patria, oculta allá á lo lejos ; y por no hacerlo á calladas, como todos los días hacemos, invitamos á algunos amigos que supieran recordarla y á otros que, aunque extranjeros, la quieren por lo que les cuenta el sol, cuando llega abrigado entre nieblas, para librarse del frío que se siente en estas regiones de hielo.

Al efecto, arreglamos los *salones* ; encendimos aquel quinqué, que ya conocen los lectores de LA VANGUARDIA, á toda *lumbre* ; hicimos señalar al reloj de caja una hora verosímil ; registramos los registros del armonium y lo llenamos de viento ; afinamos la guitarra ; pusimos carbón de piedra á la llar y pegamos fuego en ella ; colocamos las tres sillas en buen orden (todas patas abajo) ; instalamos el termómetro al lado del fuego, á fin de hacerle remontar los umbrales de aquel cero é infundir así calor y fe á los amigos, y les esperamos en la sala de recepciones, hecha una taza de plata.

El primero que cayó en nuestros brazos fué el ciudadano Cánudas, nacido en la calle del Carmen, y muy conocido en Barcelona por la gente de pinceles y paleta. Como buen hijo de arrabal, es rico de imaginación y no tanto de fortuna. Cuando ejercía de pintor (ya que actualmente ha entrado en el grabado) bien poco le faltó para ser dichoso, pues que estuvo á punto de vender un cuadro por diez pesetas. Consistió la aproximación en que se vendió el del lado (quizás porque lo dieron más barato), que ya es cosa sabida que la competencia perjudica siempre á los confiados.

No decayó su ánimo, á pesar de este tropiezo en

su carrera, y se dedicó desde entonces á la pintura de la marina mercante.

Para estudiarla de cerca y dar lecciones de dibujo, pasó á Canet de Mar ; trabó allí muy buenas relaciones ; se dejó toda la barba ; perdió la salud, y volvió á la calle del Carmen, á ponerse al frente de una fábrica de cocer judías al por menor, hasta que, gracias á cierto invento, que puso en revolución esta industria del cocimiento, tuvo que retirarse, acosado otra vez por la maldita competencia, que siempre fué su mala sombra, si mala puede tenerla quien tan buena la tiene y tanto ingenio derrocha con sus amigos que le quieren.

Vino entonces á París ; pasó medio año ejerciendo de turista obligatorio, hasta que un día Dios le llamó por el camino del grabado, y *entró* en esta noble profesión con la conciencia tranquila y la salud repuesta de sus pasados quebrantos.

Hoy día no es el Canudas de antes.

Viste con desahogo ; fuma ; lleva sobretodo impermeable con pieles de carnero y hasta zapatos de doble suela ; ha puesto voz de barítono (por más que no la usa), y sólo ha conservado de sus primeros años aquel buen humor, mezclado de humorismo, que siempre le acompañó en los azares de su vida.

Al llegar se sentó y ocupó una silla. Vióse pronto la segunda ocupada por Utrillo, y en cuanto á la tercera fué tomada por asalto por el amigo Sadí (bautizado en parisién aunque lleve el nombre moro), el cual nombre sonará con el tiempo, si la fortuna no le juega una partida serrana en el curso de su artística carrera.

Es ésta la de músico compositor con asomos de poeta.

Sus esfuerzos tienden á realizar con la música lo que ha resuelto Puvis de Chavannes con la pintura : simplificar su arte para llevarlo á la última expresión de sencillez y parquedad ; decir en pocas palabras lo que no diría en elocuentes períodos un orador español, y envolver en cierta sobria vaguedad su obra musical, á fin de que el oyente, allá para sus adentros, siga, según el estado de su ánimo, el camino que le traza, que es recto, alfombrado de armonía y lleno de sentimiento.

Esta táctica artística, al parecer, tiene mucho de oriental, y nuestro amigo bautiza su música con el título de armonía griega. No soy capaz de saber (¡ qué he de saber !) hasta qué punto puede resultar helénico el sueño de este artista ; pero sí puedo asegurar que, entre tanto, lleva ya los cabellos que le caen hasta las lustrosas espaldas ; que gasta anteojos de tan buena clase que indican la mala calidad de su vista, ya que no de su mirada ; que usa sombrero de copa de anchas alas que se cimbrean en su cabeza, como toldo en día de viento, y que no se cuida el resto del traje por distracciones de su carrera.

Ocupada, pues, que fué la tercera silla por nuestro músico griego, se quedaron en pie los que llegaron luego.

Vino Bertrán, el pintor compatriota, y Buxó, nuestro marinista y paisajista en una sola pieza ; vino Vernet, que no es pariente del Horacio del mismo nombre ni del grande Horacio ; vinieron otros, extranjeros en España y nacionales aquí ;

y, por fin, llegó el *puntillista*, echando *bendiciones*, porque teniendo, como tenía, empezado un estudio en medio de la nieve, se le había antojado á la atmósfera, ó á lo que sea, no nevar en todo el día, interrumpiendo sus estudios con poca cortesía.

Ya reunidos todos, á la voz de un santo y seña empezó la velada literaria... (sic).

Adelantóse Utrillo á ejecutar algunos equilibrios entre atronadores aplausos, y, emocionado por la justa ovación de que era objeto, rompió dos platos de porcelana ; salió Canudas al redondel, y explicó en gallardas frases todas las suertes y desgracias de la lidia ; Vernet, Buxó y el que firma, amontonaron en la pista las tres sillas, y sobre ellas realizaron algunos trabajos acróbatas sin daño de tercero ; Bertrán hizo el trabajo de las anillas, descifró la cuestión de Oriente y ejecutó otros juegos no menos arriesgados y curiosos ; y, por fin, el *puntillista* emprendió una conferencia muy razonada, tratando de lo útil que sería el vacunar el gusto por bellas artes á los que se muestran refractarios á comprenderlas (ya sea por anemia cerebral ó por otras causas); y de la necesidad absoluta de pedir al gobierno la imposición del retrato obligatorio á toda criatura que hubiera llegado á los diez años.

Esta notable peroración fué aplaudida durante cinco minutos, y el programa siguió por senderos muy distintos.

Tocóle el turno á Casas, quien, de pie sobre una mesa, sin lentes y con voz clara, recitó de un tirón un trabajo de mucho empeño, tratando extensa-

33808

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

mente del velocípedo aplicado al arte, mientras que Utrillo, valiéndose del trémolo, le acompañaba en el armonium.

Acercóse á este noble instrumento de viento el compositor griego, y en menos de dos minutos recorrió todo el teclado, con una velocidad pasmosa. Temblaron los ocho registros al sentirse acosados de un modo tan repentino, y del fondo de aquel mueble brotaron notas de tan suave encanto, unidas entre sí con tal armonía y melodioso sonido, que no podíamos creer que fuera aquel viejo instrumento (tan rebelde hasta entonces á nuestras manos) el que tuviera ocultas frases tan elocuentes y palabras tan dulces al oído, y mirábamos por debajo de la mesa á fin de convencernos de que no había ningún órgano oculto, que hiciera de apuntador al vetusto acordeón.

El era realmente el que tocaba, él, y nos decía quién era, y la voz que tenía oculta para las grandes ocasiones, y nos daba á comprender que la belleza está en todas partes, cuando hay quién sabe descubrirla.

Nos quitamos el sombrero en señal de respeto ante tal revelación; juramos comprar al armonium una funda, al día siguiente, para guardar su delicada garganta; quedó acordado tratarle de *vuesamerced el armonium*, desde aquel momento en adelante; coronar al artista clásico; firmarle un pase para la posteridad; obligarle á escoger plaza para el monumento que debía levantársele; y darle á escoger estatua, busto ó bajo-relieve (que ejecutaría Clarassó) apenas se tuviera noticia de su muerte.

Deseó que su retrato se pusiera en el Molino, prometiéndonos que su muerte no se haría esperar largo tiempo, para así poder ser llamado *malogrado* en sus biografías; y en tanto que debíamos aguardar este triste suceso, penetró la conserje con el refresco (quizás poco oportuno en estos tiempos de frío), que fué recibido, sin embargo, con una marcha triunfal, ejecutada por tantas manos como cupieron en el armonium, y cantada por todas las voces solas de que pudimos disponer, incluso la acontralada de la conserje, que resultó la más robusta en aquel caso formidable.

Entonces, ya el refresco repartido, comióse lo que había que comer y bebióse el resto.

No fueron los brindis tan alegres como era de esperar. Hablando del arte, de la patria, de los amigos ausentes y de otras cosas y de otros seres queridos, empezamos bromeando y acabamos por ponernos serios y tal vez pensativos, que no en vano se maneja el fuego sin que envíe calor al que se acerca á sus llamas.

Al son de la palabra, y entre el incienso del tabaco, expusieron teorías, y echaronse á volar proyectos lejanos; acariciáronse ideales y brotaron esperanzas; removiéronse sueños íntimos de esperanza y levantáronse *castillos en España*, y el aire fué impregnándose del entusiasmo que brotaba de todos los corazones; se habló atropelladamente para dar salida á los latidos de nuestros ánimos; y cuando Casas pulsó la guitarra é hizo brotar de sus cuerdas aquellas notas de oriental melancolía, pareciónos oír, con aquel canto, el eco de España, y entrevimos aquellos campos de oli-

vares caldeados por el sol, la playa de oro con la línea del mar recta en el fondo, las montañas sombreadas por negros pinos, y el rincón de nuestro terruño nos pareció el reino de la luz, visto desde el frío país de la niebla y de la sombra.

Con tales impresiones salimos y llegamos al bulevar de Clichy. Eran las doce de la noche y por la calle había una animación extraordinaria. Todo el mundo celebraba el *Réveillon*. En las ventanas brillaba la claridad del fondo; los juguetes se vendían por todas partes, y en todas partes debían de ser recibidos como caídos del cielo.

En un ángulo del boulevard nos detuvimos, á fin de ver pasar la gente que cruzaba embozada y cargada de paquetes. ¡ Cuántas ilusiones iban envueltas en ellos !

Allí se levantaba otro muro, más largo y severo que el que nos sirve de calendario, de cuyas grises espaldas salían grandes árboles secos y descarnados. Aquel muro encerraba el gran colegio del Sagrado Corazón, y esperando los juguetes, que habían entrado á montones en aquella casa aristocrática, no se dormía aquella noche.

Apoyada en el mismo muro, tampoco dormía (aunque muerta de sueño) una niña de ocho años, que vendía juguetes á diez céntimos. ¡ Pobre infeliz que repartía ilusiones en la edad de recibir las ! ¡ Para ella no había *réveillon* aquel día, ni lo había de haber en su vida !

¡ Cuán temprano venía la desgracia para la niña de afuera y qué pronto llegaría el hastío para las niñas de adentro !

Esto pensando, compramos cada uno dos trom-

petas de las más caras á la niña, le regalamos cada uno una, y fuímonos todos tocando, con la otra, hacia el Molino.

VI

Un fotógrafo de la legua

Al lado mismo del molino y bajo su larga sombra; al borde de un camino, lleno de hierba en verano y cubierto de nieve en invierno; suspendido como un nido de halcones y en lo alto de Montmartre, se sostiene un barracón, pequeño como una casa de guardaaguja, negro y mal cubierto de desmanteladas tablas, debajo de las cuales vive un pobre fotógrafo, olvidado del mundo que se mueve en la gran ciudad extendida á sus plantas.

Su casa y su pequeña galería más parecen un montón de madera que una vivienda humana; componen las paredes, desechos de puertas y ventanas, arrancadas de otras casas demolidas y empotradas allí como en traje de mendigo lleno de remiendos y composturas; el aire pasa por las rendijas libremente; y para calentar aquel montón de desechos, de bien poco debe servir la chimenea que remata aquella cueva.

Al pie de las roídas tablas, y dentro de una cerca, débil como los alambres de una jaula, se muere un huerto y agoniza un jardín, colocado allí con mísera coquetería.